

EL GRAN TEATRO BRETÓN

ISABEL MUÑOZ SÁNCHEZ

Artículo publicado en el nº8 de 'Papeles del Novelty. Revista de creación y mantenimiento'

Han colocado un cartel en el teatro Bretón que dice «Cerrado por vacaciones». Al leerlo no he podido evitar que negros presentimientos invadirán mi ánimo, debidos, posiblemente, a los insistentes rumores de cierre definitivo que de un tiempo a esta parte planean sobre él.

Calle el Grillo arriba me digo -todavía con la imagen en la retina de los carteles que hasta hace pocos días anunciaban algunas de las últimas películas exhibidas en su pantalla: «Hable con ella» de Pedro Almodóvar y «El gran dictador» de Charles Chaplin, en versión original- que el Bretón no puede desaparecer, pues hay pocos lugares en la ciudad tan cargados de historia como el que ocupa el teatro y sus alrededores.



*Es fácil imaginar lo animada y concurrida que estaría la vieja plaza de san Román los días de función
(Foto: R. Hipola).*

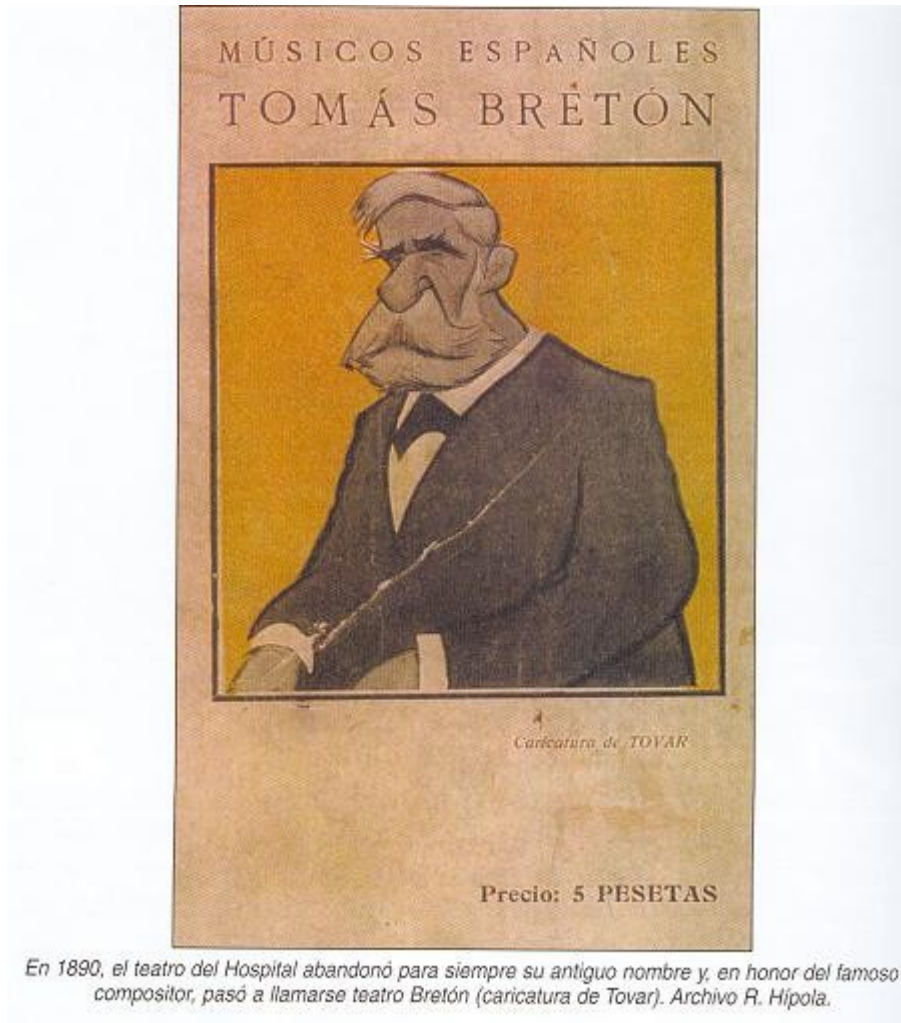
Salamanca -me sigo diciendo- no puede quedarse solo con los cuatro monumentos emblemáticos que todo el mundo conoce y un buen número de nobles edificios reducidos a fachadas, vacíos de contenido, que engañan a los visitantes y justifican las malévolas interpretaciones que los políticos de turno hacen de leyes y normativas. Muchos salmantinos asistimos descorazonados a la pérdida irrecuperable del entramado de calles centenarias; a la especuladora reconversión de huertas y patios conventuales en hoteles y residencias de lujo; al abandono y destrucción de importantes restos arqueológicos y edificios protegidos...

Seguro que no exagero si digo que el teatro Bretón es uno de los más antiguos de España. Por supuesto no como ahora lo conocemos, pues a lo largo del tiempo ha conocido numerosas transformaciones.

Dicen las crónicas que, desde antiguo, cuajaron de lleno las representaciones teatrales en Salamanca; sin duda por ser ésta ciudad universitaria y contar con numeroso público joven y

entusiasta. Al principio, estas representaciones no se efectuaban en un lugar determinado y fijo, de hecho eran frecuentes en iglesias, colegios mayores y hasta en casas de particulares; pero con el tiempo se fueron asentando en el solar del antiguo hospital de la Santísima Trinidad y que hoy ocupa el teatro Bretón.

En el siglo XVI, aquel primitivo corral o patio de comedias ya reza en los documentos históricos como teatro del Hospital, propiedad del Hospital General que estaba instalado muy cerca, en el edificio que hoy ocupan las Siervas de san José.



El 15 de marzo de 1581, Felipe II ordenó la reducción de los numerosos hospitales que había en su reino y por Real Cédula de 10 de diciembre del mismo año, casi todos los hospitales que había en Salamanca se fundieron en el Hospital General o de la Santísima Trinidad. Las rentas de los antiguos hospitales pasaron al Hospital General, sin embargo su situación económica no era nada buena, por eso las recaudaciones del teatro eran fundamentales para su supervivencia y su buen funcionamiento.

No es descabellado pensar que autores como Lope, Calderón o el mismísimo Cervantes, de los que se tiene certeza de su estancia en nuestra ciudad, pasaran más de una alegre jornada en el mencionado teatro, e incluso es más que probable que presenciaran en él la representación de alguna de sus obras.

Es fácil imaginar lo animada y concurrida que estaría la vieja plaza de san Román, presidida por la parroquia que le da nombre, los días de función: damas finamente engalanadas acompañadas de sus doncellas, caballeros con espada dispuestos a cualquier lance, escuderos, mosqueteros, escribas, profesores universitarios, estudiantes y pícaros, timadores de tres al cuarto acechando a alguna posible víctima bajo el Arco de la Lapa, veteranos de cualquier guerra, inquisidores taciturnos, curanderos, viejas celestinas, cortesanas, judíos presumiendo de cristianos viejos... y desde el cercano convento de santa Clara, las novicias, detrás de las celosías de la clausura, observando con curiosidad todo lo que pasa en la plaza. Y no hay que olvidarse de los vendedores y vendedoras que atraídos por la multitud han instalado sus pequeños negocios y hacen el agosto; ni de los animales que campan a sus anchas: gallinas picoteando la tierra, algún pavo orgulloso, gatos al acecho, perros en busca de amo y puede que hasta un par de cerdos. También se pueden ver en la plaza de san Román a cojos, mancos, ciegos y tullidos de nacimiento pidiendo limosna y a algún que otro enfermo del hospital que quiere entretener la convalecencia, pues el teatro, en un principio, nació para la diversión y el entretenimiento de los enfermos.

Villar y Macías en el libro noveno de su Historia de Salamanca nos da cumplida cuenta de las transformaciones y mejoras que muy a principios del siglo XVII, en 1604 y 1607 respectivamente, se realizan en el patio de comedias del hospital. Un tal Mateo Lozano, carpintero de profesión y natural de Salamanca, cobró sus buenos reales por construir un cuarto a la izquierda y otro a la derecha. Conviene advertir, para que nadie se llame a engaño, que este patio o corral de comedias estaba a cielo abierto. Razón de más, para que las funciones fueran a las tres de la tarde en invierno y a las cuatro en verano y así aprovechar la luz natural, pues no andaba la economía como para usar velas y lámparas de aceite.

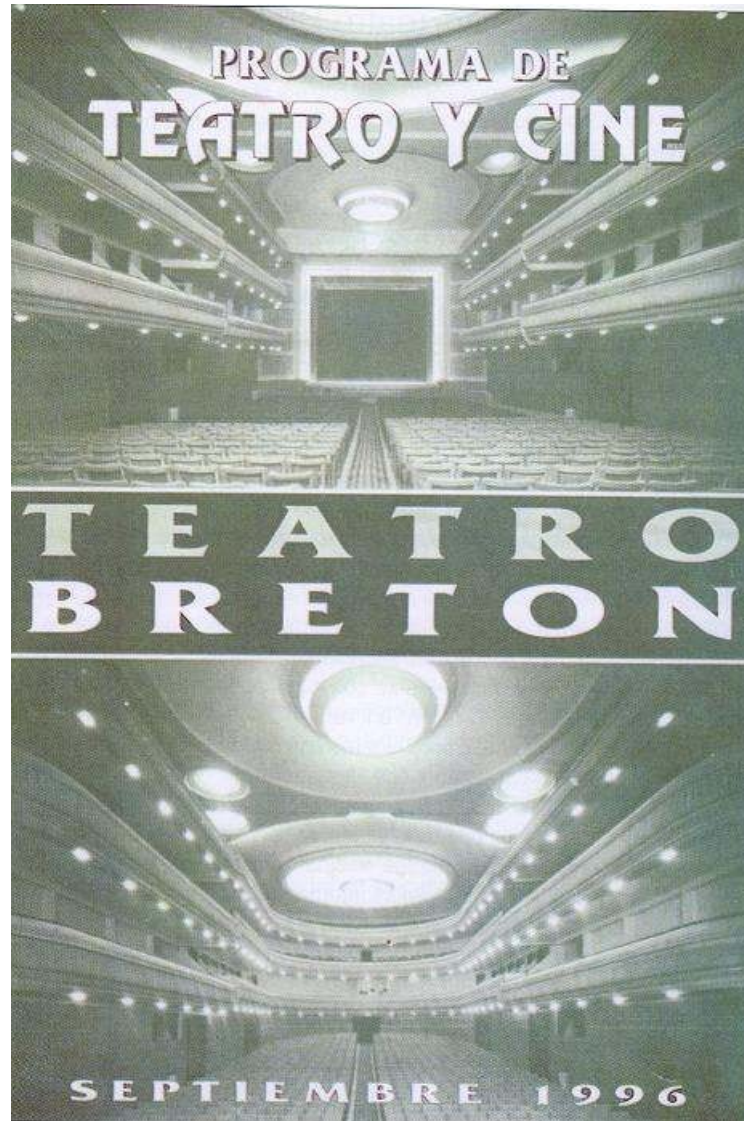
No tardaron en darse cuenta los hombres de bien y de recta conducta de que el teatro tenía una gran repercusión social y podía relajar las buenas costumbres, pervertir el corazón de hombres y mujeres y llevarlos derechitos al infierno. Existen noticias de la prohibición de comedias los días laborales y también los festivos en los que los estudiantes tenían conclusiones, pues los profesores se quejaban de su falta de asistencia. Fue, sin embargo, don José Zorrilla de San Martín el que mucho después, en 1746, a la sazón obispo de Salamanca, se atrevió a coger el toro por los cuernos y suspender las representaciones teatrales. Cada año que duró la prohibición, don José le dio al hospital una renta de siete mil reales, porque pensó muy acertadamente que si el hospital tenía medios para subsistir no necesitaba las ganancias del teatro y, de paso, él salvaba de la condenación eterna a su rebaño... Lo que el buen hombre no sabía es que el teatro con hospital o sin él, ya tenía vida propia y no había obispo, ni papa, ni prelado que parase su evolución.

Con la muerte del obispo, en 1762, se cerraba una etapa del teatro del Hospital. Una etapa, en la que por no faltar, no había faltado ni un muerto real en escena. En la temporada de verano de 1634, Jacinto Varela, famoso actor de la compañía del conocido Roque de Figueroa, amigo de Lope de Vega, cayó muerto en el escenario al poco de empezar la función. Según nos cuenta el padre Andrés Mendo y recoge Villar y Macías «iba con tanta bizarría en su dicho, que pensó el auditorio era desmayo pedido del papel, y esperaban que se levantase para vitorearle...».

Sí, la muerte de don José Zorrilla de San Martín había cerrado una etapa del teatro Bretón, todavía del Hospital. A partir de ese momento y coincidiendo con las mejoras sociales introducidas en España durante el reinado de Carlos III, el teatro iba a cambiar sustancialmente su fisonomía.

Don Juan de Sagarvínaga fue el encargado de hacer del antiguo patio de comedias un edificio estable y sólido, acorde a las necesidades que los nuevos tiempos exigían: buena techumbre, patio con asientos corridos de madera, foso para la orquesta, lunetas, dos pisos de palcos con cómodos asientos a ambos lados del palco del Ayuntamiento, cazuela (espacio

reservado exclusivamente para las mujeres que tenía entrada propia, por la puerta llamada de las mujeres) y hasta una botillería para, en los descansos, tomar un tente en pie y refrescarse los días de calor.



En semejante escenario, no es difícil echar la imaginación a volar e hilvanar más de una historia de amor, de celos o de infidelidades... Y por aquello de que la realidad siempre supera la ficción, seguro que aquellas historias, surgidas cualquier noche de función al amparo de la tenue luz de los quinqués que rodeaban la gran lámpara de hierro que presidía el teatro, superaban con creces las soñadas en el escenario...

Y la vida seguía en Salamanca y en la vieja plaza de san Román, ahora enriquecida con un nuevo edificio: El Cabildo del Hospital le había encargado a don Juan de Sagarínaga junto con la construcción del teatro, el anfiteatro anatómico, porque durante un tiempo la facultad de Medicina trasladó sus dependencias al Hospital General.

El siglo XIX no se estrenaba muy feliz. Después de varios tiras y aflojas con Francia, las tropas napoleónicas entraron en España gracias al Tratado de Fontainebleau, en octubre de 1807, para conquistar Portugal. En noviembre del mismo año ya estaban varios destacamentos en Salamanca.

Poco duró el tratado, pues en marzo del año siguiente se produjo en nuestro país un alzamiento nacional y la caída de Godoy, por extrañamiento que parezca llamado Príncipe de la Paz. La Guerra de la Independencia iba a alterar profundamente la vida de Salamanca y a ocasionar grandes pérdidas para la ciudad.



Las madres que acompañaban a sus hijas al Gran Baile de Piñata entraba gratis (Archivo R. Hipola).

El teatro del Hospital seguía con sus representaciones, pero el público había cambiado sustancialmente. Solo acudían los invasores y sus simpatizantes; a la inmensa mayoría de los salmantinos se los había tragado la tierra. En aquellas circunstancias no tardaron los cómicos franceses en hacer su aparición. Ahora era la lengua de Moliere la que resonaba bajo la techumbre de Sagarvínaga. Además, el teatro se había convertido en foro ciudadano y las proclamas y los mítines se sucedían en su escenario.

La Guerra de la Independencia dejó tras de sí una ciudad llena de ruinas. El panorama no podía ser más desolador. Casi habían desaparecido todos los grandes monasterios: san Vicente, Nuestra Señora de la Victoria, san Francisco el Grande... Algunos años después, las desamortizaciones, especialmente la de Mendizábal, remataron, en lo referente al patrimonio, los desastres que habían ocasionado ingleses y franceses.

En 1845, la situación del Hospital General era angustiosa. Había sido suprimido durante la Guerra de la Independencia y después de un largo exodo por distintos lugares de la ciudad, parecía condenado a desaparecer. Y, para colmo, se quedaba sin su teatro, que era lo mismo que decir sin sus principales ingresos, porque el edificio de Sagarvínaga no resultó tan sólido como en un principio parecía y tuvo que ser derribado porque amenazaba ruina. La Diputación del Hospital hizo un llamamiento al pueblo de Salamanca, apelando a la caridad y buen sentir de los salmantinos.

El pueblo de Salamanca respondió generoso al llamamiento y al año siguiente se inauguraba el nuevo teatro encargado al famoso arquitecto don Tomás Cafranga. La decoración, que fue muy celebrada, corrió a cargo del pintor y escenógrafo don Benito Diana.

Mucho había llovido desde aquella primera representación en el solar del viejo hospital de la Santísima Trinidad convertido en corral o patio de comedias del Hospital General. Hasta había un nuevo teatro en la ciudad: El Liceo, construido bajo el mecenazgo de la Sociedad Artística del Liceo de la Unión, en el solar del claustro del convento de san Antonio del Real.

Entre unas cosas y otras había llegado el momento de que el hospital y el teatro siguieran, por separado, su propio camino. En 1878, dieciséis años después de la inauguración del teatro Liceo, Francisco Núñez, Felipe Peramato, Martín Santos, Adrián Carmona y Rafael Brizuela fueron los primeros empresarios, ajenos al hospital, que tuvo el teatro que, sin embargo, seguía llamándose del Hospital; aunque no tardaría mucho en cambiar su nombre. En la calle de La Alegría, justo aliado del teatro, había nacido en 1850, en el seno de una familia muy humilde, Tomás Bretón que, por aquellas fechas, ya triunfaba como gran compositor. En 1890, después del éxito que había cosechado en toda España su famosa zarzuela «La Verbena de la «Paloma», el teatro del Hospital abandonó para siempre su antiguo nombre y, en su honor, pasó a llamarse teatro Bretón. Y es que el teatro del Hospital había sido muy importante en los primeros años de su vida. No es aventurado pensar que fue la proximidad de la vivienda familiar al teatro lo que hizo nacer en él la vocación musical, pues se sabe que, desde niño, presenciaba las idas y venidas de músicos y artistas y asistía entusiasmado a las jornadas musicales que allí se ofrecían. Y después, aunque todavía alumno del conservatorio, cuando tocaba el violín en la orquesta del teatro, para ayudar a la frágil economía familiar.

A finales del siglo XIX, Salamanca era una ciudad provinciana, apegada a las tradiciones, sucia, atrasada, que vivía de las glorias pasadas y en la que existían grandes diferencias sociales. ¡Hasta para divertirse había clases! Como el teatro Liceo se había convertido en el teatro de las clases pudientes y de la nueva burguesía, al Bretón no le quedó más remedio que ser el teatro de las clases más desfavorecidas, es decir, de los pobres.

A las muchas utilidades que los teatros tenían al finalizar el susodicho siglo, había que añadirles una nueva: la de salas de baile. Cuando llegaba el carnaval, tanto el Liceo como el Bretón retiraban los asientos del patio de butacas e instalaban grandes tarimas de madera. ¡Da gusto leer al querido y recordado Enrique de Sena a propósito de los bailes de carnaval en los dos teatros salmantinos. Dice en uno de sus artículos citando a un cronista de finales del XIX del que no recuerda el nombre: «En el Liceo lanzarse a bailar iba precedido de un breve diálogo: ¡Señorita! ¿No tiene inconveniente, me hace la merced de bailar este pasodoble? Bueno, solo este, porque los otros los tengo comprometidos... y se lanzaban a la tarima. En el Bretón no sucedía así. El Mario se fijaba en la Trini y, acercándose a ella, le cogía una mano y exclamaba: Trini, ven p'aca...».

A propósito de bailes. El que se celebraba el último día de carnaval en el teatro Bretón, que duraba desde las diez de la noche hasta las cuatro de la madrugada, era conocido como El Gran Baile de Piñata, porque premiaban, en un sorteo, la fidelidad de los asistentes. Recién estrenado el siglo XX, en 1901, cambiaron el premio, que consistía en una onza, «con el fin de desterrar costumbres antiguas», por dos bonitos y elegantes regalos y cuatro aproximaciones. Los estupendos regalos se podían admirar el domingo por la mañana en los escaparates de la Sastrería Inglesa que estaba en la Plaza Mayor. El número para el sorteo se facilitaba con la entrada, que costaba una peseta para los caballeros, cincuenta céntimos para las señoras y dos pesetas para los palcos y plateas sin entradas. Las madres que acompañaban a sus hijas, para velar por su honra y su buen nombre, entraban gratis. ¡Faltaría más! Asimismo se prohibía terminantemente entrar en el teatro con capas y abrigos, para evitar abusos y sucesos desagradables y la empresa se reservaba el derecho de admisión.

Y no iba a quedar la cosa en los bailes. En 1895, los hermanos Lumiere en Francia y Thomas A. Edison en los EE.UU. iban a sacar a la luz un invento que revolucionaría la cultura y el ocio: El Cinematógrafo.

No se sabe a ciencia cierta cuando el Bretón incorpora el cinematógrafo a su programación; pero lo más probable es que fuera en 1898, ya que el cine hizo su aparición en nuestra ciudad al poco tiempo de su presentación oficial. Parece ser que la primera proyección de imágenes en movimiento tuvo lugar en el café «El Siglo», que estaba en la calle El Prior, el invierno de 1896. Al año siguiente se proyectó por primera vez en el teatro Liceo y, por las mismas fechas, también se proyectaba en los barracones que recorrían ciudades y pueblos para mostrar a las gentes el nuevo invento. En Salamanca, estos barracones estuvieron instalados en diversos lugares: la plaza de los Bandos, la de La Libertad...

El cinematógrafo gozó, desde el primer momento, con la aprobación y el entusiasmo del público, que se quedaba fascinado.

Para el siglo XX, poco tengo que buscar en historias y crónicas de Salamanca acerca del teatro Bretón y sus vicisitudes, porque, para este siglo, la información me viene de primera mano. Sin embargo, puede que con esto el asunto se complique, pues a partir de ahora, sin que yo pueda hacer nada por evitarlo, los fríos datos históricos se mezclarán con multitud de vivencias familiares, con las mías propias y con todo lo visto y oído aquí y allá.

Muchas cosas habían cambiado en la vieja plaza de San Román. Desde finales del siglo XIX, la parroquia que daba nombre a la plaza no tenía culto y estaba casi derruida. El Arco de la Lapa ya no existía y, con el propósito de hacer un colegio para niñas, las religiosas Siervas de san José habían adquirido el edificio, que había albergado al Hospital General y la torre que contenía el anfiteatro anatómico, pues la facultad de Medicina también se había trasladado. De la última casa que las siervas habían habitado, la de los Condes de Francos situada entre las calles Varillas y Ramos del Manzano (Gran Vía), habían hecho trasladar, piedra por piedra, el bonito patio renacentista, para colocarlo como galería corrida en el patio del noviciado, de espaldas a la plaza (con el tiempo, esta galería o patio se sacaría al exterior). Había otra novedad digna de mención en la plaza de san Román: la Casa del Pueblo. El proletariado se había convertido en el alma de la vieja plaza.

El teatro Bretón fue el primer teatro que pisó mi padre y el primer teatro que pisó mi abuela, su madre, y el primero que pisaron mis bisabuelos, los padres de mi abuela.

Seguro que en algún baile de carnaval, el bisabuelo le dijo a la bisabuela muy bajito al oído lo guapa que estaba y lo mucho que la quería; o puede que se lo dijera, cuando en el escenario El Julián, loco de celos, le preguntaba a la Susana cantando a pleno pulmón «...dónde vas con mantón de Manila, dónde vas con vestido chiné...» Puedo adivinar la ilusión de mi abuela, todavía una niña, cuando los bisabuelos la llevaron a ver aquel invento que había venido de París y que hacía que las fotografías tuvieran vida.

Mucho se ha escrito sobre el mitin que José Antonio Primo de Rivera dio en febrero de 1935 en el teatro Bretón y al que asistió Miguel de Unamuno. Por mucho que me documente sobre el asunto, prevalecerá en mí lo que mi padre me ha contado cientos de veces, porque él estuvo allí: «El Bretón, que estaba adornado con multitud de banderas rojas y negras de yugos y flechas, se venía abajo de aplausos y vivas al fundador de la Falange, también aplaudieron lo suyo a Unamuno, que se sentó en un palco y no quiso hablar...». Aquel día era domingo y a mi padre le quedaba muy poco para cumplir diez años. Cuando llegó a casa y le contó a su abuelo que había estado en el mitin y que allí había visto a don Miguel de Unamuno, el abuelo se enfadó muchísimo y repetía en alto una y otra vez: «¡lo qué nos faltaba! No puede uno ni confiar en los intelectuales...»

Después de oír a mi padre, hasta puedo saborear las chokolatinas que los soldados alemanes le regalaban durante la Guerra Civil, cuando estaban instalados en el teatro Bretón. Ajenos a los rigores del invierno salmantino, los disciplinados componentes de la Legión Cóndor

se levantaban muy temprano y se lavaban con el torso desnudo, en el caño que había aliado del teatro. El Teatro Bretón convertido en cuartel general de los soldados alemanes! Los mismos soldados que no tardando mucho iban a sembrar Europa de sangre.

Después de la Guerra Civil, don Juan Taramona, su nuevo propietario, decidió reformarlo y ampliarlo. Los salmantinos no daban crédito. El teatro Bretón había duplicado su aforo. Daba gusto ver la imagen de don Tomás Bretón en lo más alto, encima del escenario y de la nueva pantalla de cine, y aquellas preciosas cortinas de terciopelo rojo y la gran araña de cristales relucientes...



En aquellos años de posguerra lo mejor que se podía hacer para olvidar el hambre, el estraperlo, las penalidades y las cartillas de racionamiento, era ir al cine. El cine era para todos una gran fábrica de sueños. Grandes y chicos, ricos y pobres, listos y torpes, todos iban al cine... y soñaban... Las dependientas soñaban con parecerse a Rita Hayworth y que sus novios las besaran como Robert Taylor besaba a Vivien Leigh sobre el Puente de Waterloo... Los militares sin graduación al ponerse el uniforme se creían Gary Cooper... y hasta las sumisas y fieles amas de casa suspiraban secretamente por algún amor que las llevara a París y las recordara en Casablanca.

En la España de Franco, pronto se dieron cuenta de que las películas, al igual que ocurrió en su día con las comedias, podían pervertir las buenas costumbres y la sana moralidad imperante. La censura llegó a ser tanta, que cuando el Bretón estrenó «Cuando ruge la marabunta», por Salamanca se decía que en la versión original las hormigas eran mujeres desnudas...

Pero no todo iba a ser cine. En el teatro Bretón las variedades y las zarzuelas gozaban de muy buena salud; y la revista, género musical desenfadado y no carente de picardía, hacía furor. En el mismo lugar en el que, no hacía mucho, el fundador de la Falange recomendaba enfervorizado a los asistentes hacer de España Una, Grande y Libre, Celia Gámez, Queta Cláver y todas las grandes vedettes de Coslada paseaban insinuantes sus plumas sobre sus altos tacones... Y el boxeo. Quizá pocos salmantinos sepan que el Bretón organizaba grandes veladas de boxeo. Baltasar Alonso y Tom Keene, que a pesar del nombre eran españoles y

hermanos, batieron sus puños, entre otros muchos, en el teatro. Y como la cosa iba de peleas, también se organizaron combates de lucha libre americana...

He contado muchas veces que yo estoy en el mundo gracias al cine. Quizá tendría que decir, para ser más precisa, gracias al cine... Bretón. Y es que mis padres se conocieron una tarde de primavera haciendo «cola» delante de su taquilla.

Con estos antecedentes es normal que el teatro Bretón haya formado siempre parte de mi vida, como ha formado parte de mi vida la plaza de san Román. Cientos o quizá miles de veces he bajado y he subido por la calle de Los Mártires -llamada así en recuerdo del hospital de san Cosme y san Damián (los mártires) que estaba allí- para ir al colegio, que no era otro que el que las Siervas de san José habían fundado en el antiguo Hospital General. La clase donde yo aprendí a leer estaba justo en la torre que albergaba el anfiteatro anatómico y al lado estaban, incorporados al colegio, los restos de la parroquia de san Román, que acabaron siendo un gimnasio.

No sé si el teatro que pisé por primera vez fue el Bretón, lo que sí sé es que en él he pasado muy buenos momentos y, calculando, buena parte de mi vida. No encuentro palabras para expresar todas las emociones que he sentido en el teatro Bretón, o del Hospital, o en el primitivo patio de comedias, que para el caso es igual. En el Bretón se han abierto para mí de par en par las aguas del Mar Rojo; he sido espectadora de excepción en «el mayor espectáculo del mundo»; he jurado, junto al Cid, fidelidad a Castilla en Santa Gadea de Burgos; he cantado con Marisol y con Rocío Dúrcal y antes con Joselito; mis primeros novillos están dormidos en la delantera del segundo piso y en la pantalla la primera película de los Beatles: «Qué noche la de aquel día»; y puede que mis primeros suspiros de amor se hayan quedado prendidos en la firme mirada de Tomás Bretón, como se han quedado, para siempre en mi memoria, aquellos grandes carteles, pintados por Moreno y por Torres, que, para anunciar los grandes estrenos, colocaban encima de la entrada principal del teatro y en el Mercado Central, aliado de la puerta que da al Pozo Amarillo.

Ya en el paseo de Canalejas me digo de nuevo que el teatro Bretón no puede desaparecer. Si la familia Fuentes, propietaria durante los últimos cincuenta años, en los que el teatro ha conocido nuevas transformaciones, no lo puede mantener abierto, debería salvarlo el pueblo de Salamanca, como ya lo salvó una vez. Después de casi cinco siglos de existencia, creo que ha llegado el momento de que el teatro Bretón sea el Gran Teatro de Salamanca.

Salamanca, mayo de dos mil tres.